

LA MUERTE DE RILEY

Fredric Brown

Riley ha muerto. Le hicieron el mayor entierro que jamás se haya visto en Carter City. Nadie se había preocupado de Riley cuando éste aún estaba vivo. Y no se puede acusar a nadie por ello ya que Riley, cuando vivía, no era más que un polizone cualquiera, y más pies planos que ninguno. Y la vida de Riley, aunque se diga lo contrario, nunca fue demasiado brillante.

Sin embargo, ahí está el parque Riley en pleno Carter City, y el teatro Riley con atracciones dos veces por semana y una estatua dedicada a su memoria, tanto si quiere usted creerlo como si no, en plena plaza del Ayuntamiento.

La vida de Riley no fue mas que un desastre. Pero ¡ah, la muerte de Riley! ¿No me cree? Escuche, pues.

El nombre propio de Riley era Ben, y Ben Riley era un tipo grande y desgarrado con más vello en las manos que en la cabeza. Tenía el aspecto de un barril de cerveza. Tanto por fuera como por dentro, no sé si me explico.

Hay buenos y malos irlandeses. Ben Riley no entraba en ninguno de los dos grupos; solamente se quedaba en irlandés. Vivía para jugar al «rummy» y para beber, y odiaba todo lo que fuese caminar o trabajar. No se le puede criticar porque no le gustase caminar puesto que tenía callos y juanetes. Y tampoco se le puede acusar porque no le gustase el trabajo, ya que trabajo significa para un detective, o bien caminar o bien pensar. Y él no estaba bien equipado para ninguna de las dos cosas.

Quizás el hecho de que fuera primo del alcalde Crandall estaba relacionado con el otro hecho de que no hiciera ya mucho tiempo que hubiese sido expulsado del cuerpo. No quiero decir con esto que los políticos de Carter City estuvieran podridos; únicamente me refiero a que se hacía política en Carter City.

¿La vida de Riley? Había rodado fuera de la cama, murmurando, a las seis cuarenta y cinco de la mañana, al sonar el despertador. Aún le quedaban una hora y cuarto para llegar al trabajo, y ya le dolían los pies cuando llegó al mismo.

Se había hundido en uno de los sillones de la sala de reunión y empezaba a desear ya que fueran las cinco para que hubiera terminado su turno.

Así, con ojo cetrino, había mirado por encima a aquella hilera, y no tuvo que rebuscar mucho en su memoria para recordar sus nombres pues conocía de sobras a la mayoría. La clientela de la cárcel de Carter City no era numerosa pero si perseverante. Los mismos ladronzuelos de siempre, que venían a pasar unos meses a la sombra para luego montar de nuevo su negocio en el mismo sitio.

Después del recuento se había quedado un rato en la sala de reunión y quizás había descabezado una pequeñita siestecita, durante no más de un cuarto de hora, junto con algún otro de los muchachos que esperaban. Y su mayor deseo había sido que no ocurriera nada y que, sólo por una mañana, se olvidasen de su existencia, pero siempre se equivocaba.

- Eh, Riley.

- Sí, jefe. ¿Qué ocurre?

- La joyería Moskewicz. Ayer les desapareció una piedra.

- ¿Y no se han dado cuenta hasta esta mañana?

- No; hasta que han sacado las bandejas de la caja por la mañana. Tendrás que llegarte allí para ver qué ha pasado.

Riley de buena gana hubiera murmurado algo. La tienda de Moskewicz estaba a sólo cuatro manzanas y era inútil pedirle un coche al jefe para tan poca distancia. Tuvo que ir andando, y a cada paso le parecía como si le estuvieran clavando alfileres en los dedos de los pies y en las plantas. Y miró el anillo de quincalla que el estafador había conseguido cambiar por otro con un brillante, asintiendo como si aquel anillo le hubiera dicho algo.

Con el pulgar mojado en saliva fue recorriendo las hojas de su cuaderno de notas hasta llegar a una que estaba en blanco, la última inscripción indicaba «R 2.25» que era lo que la noche pasada había perdido jugando al rummy (siempre perdía), y en esa hoja en blanco escribió dificultosamente una detallada descripción del anillo robado «Oro Bl. Br. 1/2 Quil...» y otra descripción igualmente afanosa del hombre que ayer estuvo mirando la bandeja de las joyas y que debía ser el ladrón, «Alt. Med., Ed. Med., Afeit., traje...»

Y luego, echando hacia atrás su sombrero de un papirotazo, dijo:

- Sí, mister Moskewicz, vigilaremos las casas de reventa y enviaremos la descripción. Sí, creo que esto es todo lo que podemos hacer.

Ni siquiera a mister Moskewicz, que estaba asegurado, le importaba un ápice.

Y Riley volvió hacia el cuartelillo, no sin hacer un pequeño alto en el camino para dar a sus pies la oportunidad de descansar un rato sobre la barra de un bar. Era curioso observar que sus pies nunca se cansaban tanto, si conservaba uno de ellos en el suelo y el otro sobre la barra de un bar.

Y luego de nuevo hacia el cuartelillo sobre sus doloridos pies para escribir su informe, pulsando una a una las teclas de aquella vieja máquina de escribir que yacía en un rincón de la sala de reunión. Si se trataba de un informe largo, se le permitía que lo dictase a la mecanógrafa de la oficina de al lado, aquella de pelo canoso y gafas de cinco dioptrías, pero si se trataba de un informe corto, tenía que escribirlo por sí mismo...

- ¿Has terminado ya con ese maldito informe, Riley?

- Casi, jefe.

- Déjalo estar hasta la vuelta. Ahora ve con Carson al 919 de Wing Street. Disputas familiares de no sé qué clase... No pude enterarme bien de lo que aquella mujer me contaba por teléfono.

Y en el 919 de Wing Street resultó que el viejo había vuelto a casa borracho y pendenciero, pero que entonces estaba dormido y no le despertarían ni las campanadas de la catedral. Y Riley tuvo que escuchar a aquella mujer durante más de tres cuartos de hora sin poder añadir por su parte más que algún tímido «Sí, señora, pero...»

Y justamente cuando acababa de comer:

- Riley, tengo un interesante trabajo para ti esta tarde.

- ¿Sí, jefe?

A Riley no le había gustado el tono en que se lo habían dicho.

- Los carteristas del Luna Park. Id allí tú y Wolters. Vigilad las taquillas durante toda la tarde. Si pescáis a alguno lo entregáis a los muchachos que estén allí de servicio y continuáis vigilando. Llamadme a las cinco.

Y los ojos del capitán Mason parecían decirle:

- Y ahora quéjate, Riley. Anda, quéjate.

Pero Riley sabía que no se atrevería, pues no le caía simpático a Mason y el ser primo tercero del alcalde no lo era todo. En efecto, no lo era todo ya que el alcalde Crandall apenas le conocía. Le había conseguido el trabajo pero no le ayudaría a conservarlo.

Las cinco ya, y el saco de penas que era Riley caminaría cojeando a la caza de un autobús que le llevase a casa (probablemente tendría que ir de pie todo el trayecto), para luego detenerse en la tasca de Joe el Grasiento y comer en exceso otra vez.

Luego, ya en su habitación, se quitaría las pesadas botas y gruñiría mientras se hacía masajes en los pies. Esta noche se quedaría en casa.

Pero una vez se hubiese sentado en la incómoda esquina de la bañera para tomar un baño de pies durante una media horita, se sentiría más aliviado y se le pasaría el sueño. Se sentía tan terriblemente solo allí arriba en su habitación y sin ninguna compañía... No estaría mucho tiempo esta vez.

Pero el whisky añejo le calentaría las tripas hasta hacerle olvidar aquella sensación de pesadez y de tener el estómago como de cuero. Y el tiempo no existe cuando se está jugando a las cartas. Y de repente, daría la una.

Nueva inscripción en su manoseado cuaderno de notas: «R 3.45»

A la una y media en cama, una cama que daba vueltas ligeramente, y con cinco horas y cuarto para dormir hasta que sonase de nuevo aquel despertador que parecía estallar, y luego la visión confusa y moteada de la pared de enfrente de su cama y el desayuno a base de unos grasientos huevos chorreando aceite, y la revista.

Adormilado, con el cerebro turbio, doliéndole el estómago, ¡oh Dios, y sus pies!

Si por lo menos el capitán Mason no se...

- Eh, Riley. La tienda de Ramsey, rápido. Ha desaparecido una partida, y desperézate de una vez...

Esa era la vida de Riley.

Pero la muerte de Riley, eso sí que fue algo importante. Centenares de personas fueron testigos de ella, y millares la leyeron en los diarios y la comentaron.

Sucedió durante una calurosa tarde de junio que más parecía de agosto, ya que el sol quemaba y el asfalto bajo los pies, bajo los pies delicados de Riley, estaba lo suficientemente caliente como para freír las propias suelas de los zapatos de Riley.

Hacía ya semanas que Riley había estado temiendo esa tarde, ya que se trataba de la tarde en que tendría lugar el desfile para la campaña electoral, en la que el gobernador del Estado pediría su reelección circulando por las calles acompañado en su coche por el alcalde Crandall y las demás autoridades locales.

Esto era lo que pensaba Riley: todos en coche excepto él. Y Riley tendría que caminar.

- Riley y Carson; vosotros dos caminaréis a cada lado del coche en el que irán el gobernador y el alcalde. Y tened los ojos bien abiertos. ¿De acuerdo?

- Sí - suspiró Riley.

- No es que esperemos que vayan a presentarse complicaciones - dijo el capitán Mason -, pero tampoco queremos que andéis por ahí medio dormidos. Y cuando haya terminado el desfile...

Al terminar el desfile, pensaba Riley, probablemente caería muerto. Lo que no adivinaba es que esto sucedería más pronto de lo que pensaba, y además, en aquel momento el heroísmo en alto grado era la cosa más alejada de su pensamiento; excepción hecha del caminar al lado del automóvil, cosa que él consideraba del más alto heroísmo. Y quizá sí lo era.

El heroísmo es una cosa curiosa; aparece de repente y, muchas veces, sin que nadie lo espere.

El capitán Mason siempre más se alegraría de haberse dejado ablandar un poco hacia las once. Riley acababa de llegar de su quinta fatigosa caminata, desde las ocho. Y Riley ya arrastraba la barbilla por los suelos.

Mason lo miró y agitó la cabeza. Para gloria del departamento, él no deseaba que Riley cayese de bruces tres manzanas más allá, después de comenzar el desfile.

- Riley - dijo -, el desfile comienza a las dos; ya sabes dónde. Hasta esta hora estás libre, y si realmente te sientes como parece, más vale que te vayas a descansar un rato.

Riley, que se sentía doble cansado de lo que parecía, dijo:

- Gracias, jefe.

Y se largó.

Pero no muy lejos. Tan sólo hasta la taberna más cercana. Lo que él necesitaba era un vaso de cerveza bien fresca, y al diablo la comida. Al diablo incluso el estar de pie en la barra. Desafiando todo precedente, se sentó solo en una de las mesas y permitió que el tabernero viniera hacia él.

- Hola, Riley - le saludó éste -. Vaya calor, ¿eh?

- Sí - contestó Riley acordándose de nuevo de su penas -. Tráeme un whisky y una cerveza.

No había querido pedir aquel whisky, y menos teniendo el estómago vacío. Especialmente, aún había pretendido menos el pedirle a Baldy que le trajera toda la botella y que la dejase sobre la mesa.

Incluso entonces, ni siquiera tenía intención de servirse un segundo whisky, hasta que ya hubo apurado el primero. Ni el tercero hasta que se hubo bebido el segundo.

Baldy le trajo otra cerveza.

- Vaya calor el de hoy - dijo Baldy -. ¿No irás a ver el desfile?

- Sí - contestó ásperamente Riley -. Lo iré a ver.

- Yo también. Cerraré durante una hora. Mi hija desfilará.

- ¿Sí?

- En la carroza de Virtud y Civismo - dijo Baldy sonriendo -. Y vestida con un trajecito bastante escaso de tela, ya lo creo.

- ¡Caray! - sólo pudo decir Riley y deseó que la carroza en cuestión desfilase cerca de su campo visual. Eso le ayudaría a pasar su mal humor.

- Cuarenta chicas irán con ella - continuó - explicándole Baldy -. Una de ellas es hija de Crandall. ¿hasta será pariente tuya, verdad?

- Prima en cuarto grado - contestó orgulloso Riley.

- ¡Y la hija del gobernador! - explicó Baldy orgulloso también a su vez.

- Vaya, vaya... Dime, ¿significa eso que la hija del gobernador y una de las de Crandall van a desfilar por ahí con esos trajecitos? No sé que piensa el

gobernador, pero nunca hubiera creído que Crandall se lo permitiese a una de sus hijas.

- Y, ¿por qué no?

- No resulta, digamos, modesto. O al menos así lo creería Crandall. ¿No clausuró el único local de variedades de la ciudad sólo porque...?

Baldy reía a gusto.

- ¿Me estás tomando el pelo, Riley? La mayor de estas niñas debe tener cerca de los diez años; eso es, la hija de Crandall. La mía tiene siete; las han elegido entre las más aplicadas de todas las escuelas para cubrir las plazas de esta carroza.

- ¡Oh! - exclamó Riley.

Ya no le importaba nada si la carroza en cuestión caía bajo su campo visual o no.

- ¿Te apetece quizás un bocadillo, Riley?

- No, no - respondió Riley -. No tengo hambre.

Llegaron algunos clientes y Baldy tuvo que regresar a la barra.

Riley pensó que podría tomarse otro más sin que se notara. Sentía ya mejor su cabeza, y el estómago le molestaba menos. Con cuidados infinitos levantó sus pies del suelo para apoyarlos sobre una silla. De esta forma le dolían menos. ¿Por qué - se preguntaba - tendrán pies las personas? Las lombrices y las serpientes se defienden sin ellos. Y Riley deseó ser una serpiente o un gusano.

O incluso un pájaro. Los pájaros tenían patas, pero podían desplazarse sin tener que caminar sobre ellas, como los hombres.

Y entrando en este terreno, también la gente con suficiente dinero podía comprarse un coche. Pero incluso si él tuviera coche propio, pensó, el capitán Mason le asignaría principalmente trabajos que tuviera que efectuar sobre sus pies. Como aquel desfile...

- Voy a cerrar ahora, Riley - le dijo Baldy.

Y al acordarse del desfile, Riley tomó otro trago.

- ¿Cómo?

- Sí, el desfile. Ya te dije que pensaba cerrar durante una hora aproximadamente. Está a punto de comenzar y quiero verlo. ¿Quieres venir?

Riley miró el reloj y éste marcaba las dos.

Riley se levantó y salió corriendo por la puerta como alma que lleva el diablo, y en dirección a la parte trasera del ayuntamiento donde debía formar su sección para el desfile.

Estaba tan preocupado que incluso olvidó sus pies mientras corría. Olvidó lo que había bebido, olvidó el calor. Lo único que hacía era correr.

Afortunadamente para Riley ningún desfile, aparte del regreso victorioso de los romanos desde las Galias, ha comenzado nunca a la hora. Riley llegó allí precisamente cuando el coche se ponía en marcha.

Paró su carrera y empezó a caminar. Su empleo estaba a salvo, y con el poco aire que quedaba en su interior exhaló un profundo suspiro de satisfacción, antes de que todos los males del mundo cayeran sobre él.

El calor, el whisky, los callos y sus juanetes; y no es preciso mencionar las plantas de sus pies. Aquel sprint de cuatro manzanas, desde la taberna de Baldy hasta el punto de reunión del desfile, era precisamente lo único que necesitaban aquellas cuatro cosas para comenzar a actuar. Su traje estaba empapado en sudor, la cabeza le daba vueltas, y los pies, al empezar aquella

caminata de tres millas, parecían ya un par de diviesos en el extremo de cada una de sus bamboleantes piernas.

Colocó una mano sobre la manecilla de la puerta del coche para sostenerse en pie y caminar en línea recta. Y lo consiguió; durante un rato, completamente a ciegas. A ciegas por causa del dolor que le producían los pies y también a causa del sudor que le caía por la frente hasta los ojos y que, por sentirse total y horriblemente incapaz de enjugársela, le entraba en los ojos cegándoselos.

Allí, en la parte trasera de aquel coche, viajaban los dos hombres más importante de la ciudad, el alcalde y el gobernador, cada uno de ellos con su sombrero de copa en la mano, saludando y sonriendo, pero Riley no llegó a verlos nunca.

Ni tampoco vio la carroza de Virtud y Civismo que desfilaba precisamente delante de él, con sus cuarenta preciosas niñas de seis a diez años, haciendo posturitas sobre un país de las maravillas de cartón piedra. Era una preciosidad aquella carroza, a pesar de que su virtud y civismo pudieran resultar un poco confusas. Pero, ¿qué importaba aquello? Las niñas eran una monada y si las de menos de diez no poseían virtud y civismo, ¿quién iba a tenerlos entonces?

Durante unas cuantas manzanas, Riley ni siquiera pudo ver el adoquinado que pisaba, ni tampoco la muchedumbre que se amontonaba sobre las aceras, ni oía los aplausos ni la animada y marcial música de la banda que desfilaba delante de la carroza. Simplemente caminaba, y si el automóvil a cuyo lado él caminaba perseverante hubiese llegado al extremo de un muelle, Riley habría caído al agua con él. Y no lo habría notado.

Bajando por Commercial Street hacia Dane Avenue, pasado el Palacio de Justicia y la Biblioteca Pública, el sol resplandeciente comenzó a evaporar el alcohol que Riley llevaba dentro de sí en forma de sudor, por lo que consiguió enjugarse los ojos y pudo ver.

Más allá de Cordevan Park y en plena calle Saratoga donde más allá de la acera repleta de gente, corrían las vías del tren, las pequeñas máquinas de vapor casi lograron ahogar los sonidos de la banda de música.

Quizá fue el ruido lo que acabó de despertar a Riley. Vio la carroza ante él y escuchó la música que tocaba la banda, dándose cuenta de que estaba caminando a su compás.

Luego miró hacia la acera y, de pronto, dejó de caminar. Repentinamente, echó a correr en diagonal hacia el bordillo de la acera y se lanzó con fiereza hacia las personas que allí permanecían, hundiéndose entre ella. No fueron muchos los que se dieron cuenta de su presencia; la mayoría miraba al gobernador, mientras éste sonreía y agitaba su sombrero de copa. Aquellos sobre los que había caldo si se dieron cuenta, desde luego, y también unos pocos más. El gobernador observó lleno de curiosidad la repentina deserción de su guardaespaldas... volviendo luego a sus sonrisas y sus continuos sombrerazos.

El alcalde, sonriendo hacia el otro lado, no se había dado cuenta en absoluto.

En aquel momento, desde alguna parte del fondo de la acera, apareció la lata, describiendo un amplio arco en el aire sobre las cabezas de las personas situadas en el bordillo. Una lata con una brillante etiqueta anunciando una marca de tomates; una lata completamente vulgar que cualquiera hubiese podido llevar bajo el brazo sin levantar sospechas, de haberla llevado de forma

que no se notase que pesaba más de la cuenta, y de haber procurado que la mecha quedase en la parte baja.

Era un buen trabajo el que habían hecho con aquella mecha. Echando chispas en el interior de un pequeño tubo que sobresalía del bote, de forma que, una vez encendida, resultase imposible arrancarla para impedir la explosión de la bomba.

Describió en el aire un arco, en dirección al coche que llevaba al alcalde y la gobernador. No fue un mal tiro, pero tampoco muy bueno. De no haber chocado contra el poste de la luz habría incidido en el radiador del coche hacia el cual había sido dirigido.

Pero dio contra el poste de la luz y luego aterrizó, con un sonido que indicaba la presencia de plomo o hierro en su interior, justamente en el centro de la carroza de Virtud y Civismo.

Aterrizó chisporreando en medio de un grupo de cuarenta niñas de seis a diez años de edad.

Había otros, además de las niñas, situados más cerca que Riley de la bomba, pero ninguno de ellos corrió más rápido ni saltó tan repentinamente.

Sólo unos pocos habían visto la carga que Riley había lanzado contra la gente situada en el bordillo, pero centenares pudieron ver su carrera en dirección contraria. Aquellos de la acera que se habían interpuesto en su camino fueron desparramados como billas en el juego de los bolos, y se cuenta, que su trayecto desde la acera hasta la carroza no fue más que una exhalación de sarga azul. Sólo una línea y eso es todo.

No intentó recoger la bomba; cayó sobre ella tan largo como era, sosteniéndola entre su cuerpo y el suelo de la carroza. Una décima de segundo más tarde, el artefacto estalló.

Si, cientos de personas fueron testigos de la muerte de Riley. Millares, todos aquellos que se alineaban a lo largo de las aceras en muchas manzanas por delante, pudieron oírlo. Y millones se enteraron de ello a través de los diarios y de la radio.

Ni una sola de las niñas de la carroza sufrió heridas de importancia.

Fue un entierro magnífico el que le hicieron a Riley, no les quepa duda. Cuatro coches cargados de coronas seguían al séquito. Y en su entierro pronunciaron discursos un alcalde y un gobernador, a cada uno de los cuales Riley les había salvado una hija. Se sorprenderían al saber cuántos familiares podían llegar a tener aquellas cuarenta niñas, y cuántos amigos llegó a tener de pronto Riley una vez convertido en héroe reconocido.

Fue una visión magnífica aquel entierro. Con guardia de honor de la policía, y consiguiendo entrar en la mayor catedral de la ciudad sólo una fracción de la multitud. Centenares de coches dirigiéndose hacia el cementerio, entre ellos los de las autoridades más importantes de la ciudad. Aquel día cerraron el Palacio de Justicia y el Ayuntamiento.

El propio alcalde, un hombre rico, pagó el entierro.

Una suscripción pública patrocinada por el primer diario de la ciudad financió la estatua que debía colocarse en la plaza del Ayuntamiento, y como la inauguración del nuevo parque había sido incluida en la orden del día siguiente, presidiéndola el gobernador, no hubo ningún problema en que se llamara Riley Park.

Hizo gastar mucha tinta la muerte de Riley. Gloria y honores no le faltaron, con las elecciones a la vista y siendo Riley pariente del alcalde y miembro

desde toda su vida del partido político que estaba en el poder. Por el tono de alguno de los discursos, se diría que había sido el partido quien se había lanzado sobre la bomba en lugar de Riley.

Una muerte de héroe y una aureola de fama asegurada para siempre en todo Carter City. ¿Qué más podía desear un hombre?

Dos días después del entierro y antes de las elecciones, entró un hombre en las oficinas del alcalde Crandall. Un hombre grueso que cojeaba dolorosamente y que parecía haber pasado varias noches durmiendo sobre su uniforme de sarga azul con dorados botones y lleno de manchas.

Crandall levantó la mirada.

- Hola... mister Crandall - dijo el hombre grueso.

- Ri... - dijo Crandall tragándose las palabras y con ellas casi también la lengua.

Se levantó y cerró la puerta.

- Hola, mister Crandall - repitió el hombre grueso -. Yo... bueno, ya sé que van a despedirme en cuanto ponga el pie en la comisaría pero sin embargo, le prometo que lo siento terriblemente y que no volverá a ocurrir, si usted quiere decirles que me den una nueva oportunidad.

Crandall respiraba con dificultad.

- ¿Te ha visto alguien entrar en mi oficina? - logró balbucear.

- Oh, no. Lo primero que hice en cuanto pude, mister Crandall, fue venir hacia allí. Porque me han robado, ¿sabe?, y no tenía dinero ni nada que me identificase, y he tenido que volver a pie todo el camino excepto cuando he subido en ascensor y... ¿podría sentarme, mister Crandall?

El alcalde, sin atreverse a desviar los ojos de la aparición que tenía frente a sí, descolgó el teléfono que había sobre el escritorio y dijo:

- Hagan subir al inspector Brady, rápido.

Y respirando hondo, ordenó:

- Siéntese.

Riley se sentó. Puede decirse que casi se hundió en la silla.

- No tenía que haber bebido nunca con el estómago vacío justo antes de comenzar el desfile, pero tomé dos vasos, solo dos, y aquel calor y la marcha me afectaron tanto que...

Se abrió la puerta y volvió a cerrarse. El inspector Brady permaneció de pie detrás del sillón, entrando dentro de su campo visual únicamente el cogote de Riley.

- Brady, ¿hasta dónde habéis llegado con lo de la bomba? - preguntó Crandall.

- Ya sabemos quién lo hizo, señor alcalde. Un loco llamado Wessa. Un perturbado. En su habitación hemos encontrado pruebas de que fue él quien construyó la bomba. Sin embargo, ha desaparecido. Hemos enviado su descripción por todo el país. Lo cogeremos.

- ¿De veras? - dijo Crandall -. Inspector, aquí tiene usted a un amigo.

Riley se levantó y dio la vuelta. Brady abrió la boca de par en par.

- Oiga, inspector - dijo plañidero Riley -, precisamente le estaba contando a mister Crandall que fue por culpa del calor y de la caminata. Lo siento mucho, pero no pude hacer nada para...

- ¿No persiguió al hombre que tiró la bomba?

- ¿Qué bomba?

El alcalde Crandall se aclaró la voz antes de hablar.

- Brady - dijo -, ¿era ese Wessa de la misma estatura y tamaño que Riley aproximadamente, y pudo ir vestido con un traje azul de sarga?

El inspector asintió lentamente.

- Dios mío, Crandall, ¿quiere usted decir que fue a él a quien enterramos? ¿Que fue él quien lanzó la bomba contra su coche y que al darse cuenta de que había ido a parar entre las niñas se lanzó en pos de ella y...? ¡Oh, Dios mío!

Crandall se volvió de nuevo hacia Riley.

- Pero hombre, han pasado cuatro días. ¿Dónde demonios...?

- Fue el calor lo que me afectó, señor alcalde; palabra. Sólo había bebido dos o tres copas. Pero me afectó de golpe, y tuve necesidad de ir a devolver, y como no podía hacerlo delante de toda aquella gente corría hacia el muelle de carga y me subí a la parte trasera de uno de los vagones. Me sentía muy mal cuando me levanté, y en aquel preciso momento arrancó bruscamente el tren y mi cabeza golpeó contra una esquina. Cuando recobré el conocimiento ya oscurecía y el tren corría que se las pelaba, por lo que no pude apearme del mismo hasta la mañana siguiente. Alguien me había robado la cartera y la insignia mientras me encontraba sin sentido. No tenía nada en los bolsillos excepto un pañuelo y, con franqueza, he tardado un infierno de tiempo en volver. Sin embargo, lo siento mucho y les prometo que nunca más volveré a tomar ni un solo trago mientras me encuentre de servicio. Si es que no me despiden.

Crandall entrelazó sus dedos y echó una mirada hacia el inspector Brady, y Brady miró a Crandall.

- Seremos el hazmerreír de todo este condenado país - dijo Crandall, casi como si hablase para sí mismo -. Riley Park. Estatuas. Cuatrocientas quince coronas de flores. Nuestros discursos electorales. Se reirán de nosotros en nuestras propias narices. Ni siquiera habrá necesidad de celebrar votaciones. El gobernador...

Y aclaró su garganta.

- ¿Qué ocurrirá con el gobernador? - preguntó horrorizado Brady.

Crandall sudaba por todos los poros.

- Tendremos que abandonar la ciudad, Brady. Salir del Estado, del país. Dejarnos crecer la barba y vivir en alguna cueva del valle del Amazonas. Mientras no... mientras no...

De pronto apareció la esperanza en la desesperada faz de Brady.

- ¿Mientras no... qué? - preguntó ansioso.

Crandall abrió el cajón superior de su escritorio y extrajo del mismo un cuadernillo de cheques, un grueso cuaderno y un balance en el que podían leerse seis cifras que representaban solamente una pequeña parte de sus riquezas.

Abrió el cajón inferior de su escritorio y extrajo del mismo una botella de «Haig & Haig» y unos vasos.

- Riley - dijo amablemente -, tengo que proponerle algo. Pero antes tomemos un trago... todos nosotros.

En California hay un hombre que vive la vida de Riley, un hombre grueso con más vello en las manos que en la cabeza. Con un cuerpo que parece un barril de whisky tanto en su interior como por fuera, si es que entienden ustedes a qué me refiero. Ha conseguido su retiro; recibe cada año sin falta su

anualidad que le permite vivir apaciblemente en su apartamento de soltero la mayor parte del cual consiste en un bien surtido bar.

Y además, es una planta baja; por lo que cuando sale a jugar a las cartas, en vez de invitar a sus amigos al apartamento, le basta con salir a la calle y tomar un taxi que ya le está esperando. Esto es todo lo que tiene que caminar.

Duerme cuanto quiere, come y bebe lo mejor, juega su partidita de cartas todas las noches y no anda.

La vida de Riley; así es como hablan sus amigos. Pero se equivocan desde luego. Esta es solamente una forma de expresarse. Primero, porque su nombre es Williams; y además, porque la vida de Riley, como ya les he contado antes, era un desastre. Una vida llena de juanetes y callos sin dormir lo necesario, bebiendo sólo a escondidas y temiendo siempre perder su empleo. Eso era la vida de Riley. Y yo se la regalo.

¡La muerte de Riley! Eso es lo que yo necesito.

FIN

Enviado por Paul Atreides